

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM. 75

25 JULIO
1926

DON TURULATO, CURRINCHE SE
HA CAIDO EN UN POZO Y DICE
QUE VAYA USTED A SACARLE

¡VAYA VAYA! DILE QUE SI
QUIERE QUE LE SAQUE
QUE VENGA AQUÍ



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.- ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. AFARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



PROGRAMA
PARA HOY

LA
HABITACION
VACIA

Sensacional!

GRAN CINE



Paddy O'Darrell estaba sentado en su despacho con una carta en la mano.

—Bob —dijo—. Tengo aquí una invitación de Tom Baker para ir a ver a Jonnie Baines entrenarse para el gran «match» de boxeo en que va a tomar parte.

A Bob se le iluminaron los ojos de entusiasmo ante la perspectiva de ir él también, y exclamó:

—¡Supongo que me incluirá a mí en la invitación!

—¡Sí, hombre, sí; estás incluido! Y además dice Tom que también reservará un par de huesos para Trailer. Añade que podremos pasar la noche en su casa. Así que, como por el momento no tenemos ningún asunto pendiente, saldremos esta misma tarde.

—¡Bravo! —exclamó Bob saltando del asiento tan repentinamente, que el subeaso que dormitaba echado encima de la alfombra, despertó y le miró con cara de reproche.

—¡También tú vas, Trailer; no me mires así! —y le tiró de una de las orejas—. ¡Durante veinticuatro horas se acabó el buscar pistas!

Paddy sonrió el entusiasmo de su ayudante. También él se sentía un poco nervioso ante la idea de ver entrenarse al futuro campeón británico de boxeo.

Tom Baker era antiguo amigo de Paddy, y el detective entendía bastante del arte de dar puñetazos, pues había sido en tiempos lejanos campeón entre los aficionados. Después de despachar algunos asuntos de poca importancia que le llevaron toda la mañana, nuestros amigos tomaron un ligero almuerzo en la estación del ferrocarril y se metieron en el tren que salía para Eastlake.

Oscurecía ya cuando Paddy y Bob se apearon del tren. Paddy conocía el camino por haber ido otra vez a casa de Baker, que quedaba a cuatro kilómetros de la estación, y como la noche estaba muy agradable, optaron por ir a pie dando un paseo.

La carretera que conducía a casa de Baker iba todo el tiempo entre bosques. Era muy pintoresca, pero demasiado solitaria. Un kilómetro antes de llegar a la casa tenían que dejarla para tomar una calleja que bajaba hasta un río cruzado por un puente viejo de piedra metido entre árboles altos y añosos.

Junto a la barandilla del puente, Bob tropezó en un objeto.

—¿Qué es esto? —exclamó recogiendo—. ¡Si es un sombrero!

—Es verdad —asintió Paddy tomando de manos de su ayudante un sombrero de fieltro de seda—. ¡Y por cierto muy bueno! ¿Y eso otro que está ahí en el suelo, no es un bastón?

—Sí —y Bob cogió un bastón negro de endrino que estaba tirado a algunos metros de distancia.

Estos objetos son muy buenos para que nadie los haya tirado —observó Paddy—. Es de esperar que el dueño de ellos no se haya caído al río, y aunque se haya caído, que no se haya hecho daño, porque el río no tiene más que dos pies de profundidad. Pero ¡calla! ¿Qué letras son estas?

Al volver el sombrero había visto en el forro las iniciales J. B.

—¡J. B.! ¡Qué raro! ¡Porque estas letras pudieran ser las iniciales de Jonnie Baine!

—Si es así, nosotros mismos podemos devolvérselo. Bien pudiera ser que le hubiera caído desde el automóvil al pasar él por aquí dando un paseo. De todos modos, lo que sea pronto lo hemos de ver.

Continuaron andando, y un poco más allá llegaron a la finca de Tom Baker, conocida por el nombre de «Logwood».

Era una finca cuya casa estaba construida a estilo antiguo con un portalón muy grande con la entrada cubierta de rosales. En la parte de atrás del piso bajo había un enorme gimnasio, y colgados sobre la puerta a modo de mascosta estaban unos guantes viejos de boxeo. Por una ventana abierta llegaron hasta ellos voces y risas, destacándose entre todas la voz animada de Tom Baker. Llamóle Paddy desde el portalón e inmediatamente apareció el genial y corpulento entrenador de boxeo.

Después de saludar a los recién venidos afablemente, dijo apuntando por encima del hombro para el gimnasio:

—Llegan ustedes muy a tiempo, pues estaba tomando algunos rounds de *beefsteak* con mis discípulos.

—¡Admirable! —respondió Paddy—. ¿Y qué es de Jonnie?

—Está bien; pero esta noche ya no podréis verle.

—¿Cómo es eso?

—Porque se ha acostado hace un rato; llegó de paseo y sin entrar al gimnasio nos dijo desde el portal que ya estaba de vuelta y que se iba para la cama, y desde allí le sentimos subir directamente a su habitación.

—Me alegro de saber que está durmiendo tranquilamente, Tom —dijo Paddy—, porque temíamos que le hubiera ocurrido algún accidente, pues hemos encontrado esto junto al puente. Y el detective mostró a Baker el sombrero y bastón de Jonnie.

Tom Baker tomólos en la mano sorprendido.

—¡Efectivamente, es el bastón y el sombrero de Jonnie! Comprendo muy bien que hubiera perdido el sombrero en el paseo; pero me extraña mucho que perdiera también el bastón, y sobre

todo, porque este bastón lo estima él más que a nada por habérselo regalado el «National Sporting Club» la última vez que luchó allí.

—De modo que hay que sacar la conclusión de que Jonnie vuelve a casa después de dar un paseo, habiéndose dejado en la carretera el bastón y el sombrero, y se va para la cama sin ver a nadie.

—Es verdad, chico —asintió el entrenador desconcertado—. Pero todo ello no tiene mucha importancia no siendo él el que se haya perdido —y riéndose añadió—: ¡Venid que vais a tomar un bocadito!

—Espera un momento, Tom. ¿Por qué no subes ahora a la habitación de Jonnie a devolverle el bastón? Si tanto lo aprecia tal vez esté desvelado pensando en esta pérdida...

—¡Ca! ¡Ahora está durmiendo como un tronco! —objetó el entrenador.

—Sin embargo, insisto en ello, Tom.

Baker miró al detective y dijo: Como te conozco muy bien, sé que no pedirías una cosa sin tener motivos para ello. No sé cuál es tu idea; pero de todos modos vayamos a devolverle el bastón a Jonnie.

Tom Baker fué delante de ellos por una escalera ancha, cubierta de una mullida alfombra, hasta el primer piso; allí siguió por el pasillo hasta el final en donde se detuvo junto a una puerta. Paddy y Bob, acompañados del perro esperaban

PARA OBTENER UN AUTO CITROEN Y OTRAS MARAVILLAS

Para entrar en el Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores (Primer premio: un «auto» Citroen; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926. Más detalles en este mismo número.



impacientemente, mientras Tom llamaba con los nudillos. Como no respondiera gritó: ¡Jonnie! ¡Jonnie!

Tampoco respondió nadie.

—Ni siquiera se le oye roncar —observó Tom—, porque eso sabe hacerlo bien.

Volvió a llamar con la mano y siguió una pausa de ansiedad, durante la cual el rostro de Tom adquirió una expresión de aturdimiento. Bob miraba fijamente a su jefe y notó en sus ojos una mirada que precedía siempre a algún descubrimiento extraño.

Como tampoco recibiera respuesta, Tom dió vuelta al manillar de la puerta exclamando: ¡Qué cosa más extraña! ¡Si Jonnie no acostumbra a cerrarse con llave; al contrario, siempre la deja puesta por fuera!

—¿No tienes otra llave para abrir pronto? —preguntó Paddy.

Si; afortunadamente tengo llaves duplicadas de todas las habitaciones —dijo Tom, sacando un manojo de ellas del bolsillo; veíase que estaba muy nervioso, pues le temblaba la mano al escoger una que metió en la cerradura. Abrióse la puerta y el entrenador entró seguido del ecuaníme detective y del asombrado Bob.

La habitación era confortable y miraba a la parte de atrás del jardín. Tenía la ventana abierta de par en par y por ella entraba una brisa agradable.

Tom, de pie en medio del cuarto, estaba como si hubiera caído un rayo a sus pies.

—¡Diantre! ¡Jonnie no está aquí! —exclamó señalando a la cama que estaba intacta.

—¿Qué opinas de esto, Paddy?

—¡Lo que me figuraba! ¿Pero no es una carta eso que está sobre la mesa?

En las ruinas antiguas.

Tom quedóse un momento mirando para Paddy; luego se abalanzó a la mesa y cogió el papel en el que había escritas estas líneas:

Querido Tom: Salgo de mañana a dar un paseo; volveré al medio día.—J.—

—¡Esto es el colmo! —balbuceó Baker—. ¿Qué significa este papel!

—Es muy sencillo Tom— se apresuró a contestar el detective—. Todo ello coincide con la suposición que yo había hecho.

—¿Qué suposición?

—Que Jonnie ha sido secuestrado en el puente de la calleja.

—¡Pero si Jonnie ha vuelto aquí!...

—repuso Tom en son de protesta.

—No; el que volvió no era Jonnie. Si fué Jonnie ha tenido que coger este papel y salir por la ventana, y *Trailer* va a demostrarnos que Jonnie no lo ha cogido.

—¡Ven aquí, *Trailer*! ¡Vamos, búscalo! —dijo poniendo el sombrero junto a las narices del sabueso.

El sabueso olfateó el sombrero y en seguida empezó a corretear por la habitación. Entonces Paddy le acercó a las narices la hoja de papel; pero *Trailer* no hizo caso de ella ni tampoco demostró interés alguno por la ventana.

Ahí lo tienes, Tom; el hombre que ha escrito este papel y el que salió por la ventana no fué Jonnie.

—¿Quién ha sido entonces?

—Verás como me imagino yo la cosa —respondió el detective—. Alguno o algunos han estado acechando la ocasión de secuestrar a Jonnie, y esta ocasión se les presentó esta noche en el puente. Jonnie ha sido capturado y lo han hecho desaparecer.

—¿Y quién era el que vino aquí?

—Esa es la parte más ingeniosa del complot. El que vino aquí seguramente conocía la casa y las costumbres suyas y de los criados. Entró, imitó la voz de Jonnie, dijo que se iba para la cama y subió aquí arriba. Todo esto ha sido hecho para que tú no te alarmaras por la ausencia de Jonnie hasta mañana, y para dar aún más tiempo a los secuestradores dejó esta nota escrita para que no sospecharas nada hasta el medio día. Después el individuo en cuestión escapó por la ventana.

—¡Diantre! ¡Diantre! ¡Y Jonnie que tenía que boxear en el campeonato de mañana!

—¿Tiene Jonnie algún enemigo?

Tom reflexionó un momento. Enemigo, no; el único que le guarda algún rencor es Gomp el entrenador. Este está ahora entrenando a un boxeador negro que se llama Peter Jarl y ha estado a verme para concertar un «match» entre Jarl y Jonnie; pero yo he rehusado siempre a que mis alumnos boxeen con Jarl.

—¿Y Jarl se cree un campeón mundial, no?

—Sí; pero ningún boxeador inglés quiere luchar con él. Paddy, tú me ayudarás a buscar a Jonnie y a descubrir este misterio, ¿no es verdad?

—¡Naturalmente que te ayudaré! ¡Vamos Bob! ¡Ven aquí *Trailer*!, y sin soltar el sombrero de Jonnie salió de la habitación; bajó las escaleras y fué para el jardín seguido de sus ayudantes.

Al llegar a la calleja, diéronle a oler otra vez el sombrero a *Trailer* y el perro empezó a andar de un lado para otro; dió un gruñido y echó a correr por un camino que cruzaba el bosque. Paddy y Bob notaron en el suelo señales de haber arrastrado algo por allí. Por fin al llegar al otro lado del páramo vieron una pared en ruinas cubierta en parte de hiedra.

Trailer aproximóse a la pared ruínosa y se detuvo junto a una abertura que había en el suelo a unos diez metros de las paredes; un tramo de escaleras cubiertas de musgo descendían por aquella abertura.

—Parece que nuestra presa se ha detenido aquí Bob —murmuró Paddy sujetando a *Trailer* para que no se precipitara por las escaleras. Sujeta tú a *Trailer* mientras yo bajo delante a explorar.

Bob sujetó al perro por el collar y el detective quitóse las botas para bajar más silenciosamente. La escalera daba la vuelta repentinamente, y Paddy encontróse en un largo pasillo alumbrado débilmente por una lámpara de aceite que estaba puesta en el suelo. Por el pasillo iba corriendo un hombre; iba vestido con pantalón corto y jersey como si fuera un luchador. Llevaba una llave muy grande en la mano; detúvose ante una puerta y miró por una ventanilla de rejillas; después llamó con los nudillos, y dijo:

—Oye, Jonnie; cállate porque es inútil que llames, pues nadie te puede oír más que nosotros. Luego vendrá el amo a hablar contigo.

Y el individuo continuó andando por el pasillo como si estuviera haciendo la guardia, bien ajeno a que en un entrante de la pared estaba Paddy esperándolo. Este saltó sobre su espalda sin darle tiempo a pensar lo que había sucedido, y le tapó la boca con una mano para que no gritase.

—¡Aquí tienes a uno de los pollos, Bob! —exclamó extendiéndolo en el suelo y poniéndole una rodilla encima de la espalda para que no pudiera levantarse. ¡Amordázale! —añadió mientras él le ponía las esposas y le quitaba la llave.

Paddy bajó otra vez las escaleras y llegó hasta la puerta.

—¿Eres tú, Jonnie? —murmuró Paddy a través de la reja.

—¡Que el diablo te confunda! ¡Sácame pronto de aquí!

—¡Cállate! —exclamó Paddy, que acababa de percibir ruido de pasos—. Porque antes de un minuto estarán aquí los otros de la partida.

Y rápidamente metió la llave en la cerradura y abrió la puerta empujando con el hombro, y Jonnie salió tambaleándose y murmurando:

—¡Gracias! ¡Gracias, quienquiera que seas!

—Soy O'Darrell, que te ha seguido la pista hasta aquí!

Y como viese venir a tres figuras por el pasillo, añadió:

—¡Tendremos que luchar, Jonnie, porque viene ahí Peter Jarl, el boxeador negro, con el entrenador y otro más!

—¡Pues yo les enseñaré a luchar! Gomp me ha encerrado aquí para hacerme tener un encuentro esta noche con el negro, a ver que tal se las arreglaba él con los boxeadores ingleses... El me estropeará a mí el «match» de mañana; pero el de ahora voy a estropearlo yo a él.

Y así fué, efectivamente. Cuando llegó Peter Jarl se encontró con un huracán encarnado en la persona de Jonnie Baines, que le derribó al suelo, dejándolo en k. o. en menos de dos segundos. En cuanto a Gomp y al que venía con él, los derribó Paddy tan fácilmente como lo hubiera hecho el mejor luchador. Él y Jonnie subieron las escaleras, dejando tras sí a tres figuras tendidas en el suelo boca abajo. Paddy dejó en libertad al prisionero que estaba al cuidado de Bob, porque sabía que Tom Baker no quería perseguir a los asaltantes de Jonnie.

¡Y no fué grande el regocijo de Tom al ver entrar en Logwood a Jonnie, Paddy y Bob!

—¡Bien por vosotros, muchachos! —exclamó estrechándoles las manos al oír contar lo sucedido—. ¡Mañana presenciáis el campeonato de Jonnie!

Y así fue.

¡HA TERMINADO!!





LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—¿En el mismo golfo? —dijo con asombro Vicente.
—Junto a la punta de Maralunga; así, al menos, lo señala el plano del capitán Gottardi.
—¿Entonces, a poca distancia de Lerici?
—Así parece.
—He ahí algo que me sorprende.
—¿Qué, Vicente?
—¿Cómo no se ha dado cuenta nadie de la desembocadura de este canal?

—Yo no creo que el túnel desemboque de una forma muy visible. Si así fuese, ya lo habrían descubierto los pescadores del golfo.

—Tengo curiosidad por llegar al extremo.

—Y yo no menos que tú, Vicente. Ahora durmamos un poco y después intentaremos contruir una balsa de mayores dimensiones que la que poseemos.

Se tendieron uno junto a otro entre las cajas y los barriles dispuestos en círculo, y dándose las buenas noches, se durmieron en seguida.

Ningún nuevo acontecimiento fué a turbar su reposo, el cual pudo prolongarse por bastante tiempo.

Despertaron al cabo de diez horas, y alegremente se dedicaron al trabajo de reformar y dar mayor amplitud y seguridad a la balsa.

Poseían siete cajas y cinco barriles; podían, pues, construirse una embarcación capaz de sostenerlos y que les permitiese llegar a la desembocadura del canal.

Como llevaban consigo clavos y cuerdas en abundancia, despedazaron las cajas y aumentaron el tamaño de la plataforma de la balsa, poniendo a su alrededor los barriles bien sujetos para darle mayor resistencia.

Las ropas, los víveres y las antorchas las colocaron amontonadas en el centro, y el agua dulce la embalsaron en cinco botellas, cantidad que bastaba para un par de días y aun sobraba.

Pocas horas después los cuatro exploradores abandonaban la mina, internándose en el canal.

La balsa era suficiente para sostenerlos; pero la más leve oleada hubiera podido destrozar la plataforma. Afortunadamente, en la desembocadura del túnel no había que temer golpes de mar.

Como era la hora de la bajamar, la balsa avanzaba hacia la salida del túnel con una velocidad bastante apreciable, acaso de dos millas por hora.

—Bien contentos podemos estar —decía el doctor—. Ya no creo que falte mucho para llegar a la desembocadura.

Durante tres horas continuaron el descenso; pero al fin se encontraron inmovilizados. La marea iba a cambiar; tendrían, pues, que comenzar a utilizar los remos.

Aquel cambio del flujo provocó una oleada bastante grande que hizo balancearse vivamente el armazón, amenazando estrellarlo contra las paredes; pero el peligro fué evitado a tiempo.

Reanudaron la marcha con ayuda de los remos.

La galería, a pesar de estar en su último trozo, aparecía construida en igual forma que al principio. Sus paredes estaban quizá más intactas, mejor labradas y más lisas, y de vez en cuando, a diestro y siniestro, veían los exploradores profundas excavaciones destinadas sin duda a servir de apartadero a las naves que pudieran encontrarse en direcciones opuestas.

Navegaban ya un cuarto de hora, avanzando con mucha lentitud a causa de la corriente contraria, cuando Vicente, que se encontraba a proa, lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué te pasa, Vicente? —preguntó el doctor.

—Un barco —exclamó el marino.

—¿Un barco? ¡Tú sueñas, Vicente!

—¡No, demonio; no sueño!

—¿Pero dónde está?

—Mirad allí, dentro de aquella excavación.

El doctor se volvió vivamente, y a la luz de las dos antorchas que habían colocado en el centro de la balsa descubrió, en una especie de caverna, una enorme masa flotando sobre las aguas del canal.

—Parece un pontón —dijo—. Vamos a atracar en él.

Con unas cuantas remadas impulsaron la balsa hacia aquella amplia caverna y dieron la vuelta a la embarcación.

Se trataba de una vieja galera, sin arboladura, de proa y popa muy altas y aún perfectamente conservada, a pesar de tener varios siglos de existencia.

Como al pasar por el costado de estribor vieron una escala de cuerda, el doctor y Vicente subieron por ella poniendo el pie en la toldilla.

Aquel antiguo barco, llevado hasta allí probablemente por el capitán Gottardi, medía cerca de cuarenta metros de eslora por nueve de manga y era de aspecto sólido y macizo, de madera de encina. Aún se veían en él los agujeros donde debían haber estado los palos de la arboladura.

Esparcidos sobre el puente se veían picos, mazas, azadones, azadillas, botas, sacos vacíos, recipientes de hierro, que sirvieron seguramente para contener la pólvora de los barrenos; además, armas enmohecidas, escudos, espadas y algunas viejas armaduras de acero.

En la bodega había multitud de útiles de minero, cuerdas, maderos y materiales de construcción. Además, había en ella gran cantidad de agua, pues el maderamen del barco, al cabo del tiempo, debió de permitir filtraciones de agua por los lugares corroídos.

—Me extraña que no se haya hundido —dijo el doctor.

—La explicación es muy fácil, señor Bandi —replicó Vicente.

—¿Por qué?

—Porque esta vieja galera está encallada.

—¿Lo crees así?

—¡Por Baco! Está inmóvil.

—Este barco tiene que haber servido de depósito o almacén a los hombres del capitán Gottardi.

—Seguramente, doctor.

—Y este hallazgo me sugiere una idea.

—¿Cuál, señor Bandi?

—Que la salida del canal no está lejana.

—Pues hay aquí algo que me choca mucho.

—¿Qué te choca?

—Que si esta galera ha podido ser traída hasta aquí, la salida del canal tiene que ser bastante amplia.

—Naturalmente.

—¿Y cómo, entonces, ha pasado inadvertida para los pescadores y navegantes del golfo de Spezia durante tantos siglos?

—Yo también me he hecho varias veces esta pregunta, Vicente; pero se puede suponer una cosa.

—¿Que la galería se haya obstruido por desprendimientos en su desembocadura?

—O que haya sido cegada a propósito para impedir que fuese descubierta antes de terminarla —dijo el doctor—. Además, espero que dentro de muy poco tiempo lo sabremos.

—Doctor, ¿podríamos utilizar algunos de estos maderos para construirnos una balsa mayor y más segura?

Llamaron a Miguel y Roberto, y uniendo sus esfuerzos echaron al agua algunas vigas y barriles vacíos, añadiéndolos a la balsa.

Aumentada de este modo su embarcación abandonaron la vieja galera y reanudaron su viaje, internándose lentamente en las infinitas y tenebrosas bóvedas de la galería.

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen muchísimas ventajas y regalos, además del cariño especial de

PINOCHO



BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Este, al que se le acercaba, le soltaba un estacazo que no necesitaba repetición para quitarlo de en medio; y también le tocaba a veces recibir los golpes de los otros. El Califa, Cháfar y Mesrur gritaban como los demás: «¡Coged a este cochino; ha matado a un hombre!»

La gente se apretujaba cada vez más: unos sacaron palos, otros desenvainaron los sables; pero nadie pudo tocar a Básım. El gobernador, seguido de su escolta, se presentó con gran estrépito. Al verlos, el herrero cayó sobre ellos como una tromba y los apaleó de firme, logrando salvarse gracias a su fuerza y a su habilidad. El desapareció y la gente se quedó allí, habiendo hecho mucho ruido para nada.

—¿Has visto, oh Príncipe de los creyentes, otro hombre como este? —preguntó Cháfar.

—¡Vive Dios! —contestó el Califa—. Se conoce que es de naturaleza fuerte. Mi corazón lo ama, y un brazo como este merece ser bien tratado.

—Sin embargo —repuso el visir—, si hubiéramos caído en sus manos, a estas horas estaríamos hechos papilla.

—Efectivamente —concluyó el Sultán—, hemos de dar gracias a Dios por habernos librado de sus garras.

En seguida se encaminaron a la tienda del barbero, donde la gente seguía excitada y no dejaba de gritar. Echaron agua en la cara del barbero y volvió en sí. El Califa se inclinó hacia él, y tomando un puñado como de cien dinares de oro, los metió disimuladamente en el bolsillo del apaleado. Este alzó los ojos y miró fijamente al Califa, quien se mordió los labios queriendo decir que se callara. El enfermo se calló, y sus dolores cesaron por completo cuando vio brillar las doradas monedas. Estaba como si tal cosa le hubiera sucedido.

La gente, al fin, se dispersó, y el Califa, Cháfar y Mesrur tornaron a palacio. Cambiaron de vestido, pero no pudieron ocuparse más que de Básım y de sus cosas.

—Por mi vida —exclamó el Califa—, es preciso honrar a este hombre de un modo extraordinario.

Y al llegar la noche, dijo a Cháfar:

—Vamos a ver a Básım.

—¿Qué quieres decir? —preguntó asombrado el visir—. Si el gobernador y la gente no han podido hacer nada contra él... Ya has visto tú mismo que algunos de los golpes que ha recibido, si se los aplican a un camello, lo hacen arrodillar, y si los dan a una pared, la hunden. Si de todo lo que pasa tenemos nosotros la culpa, ¿cómo nos vamos a presentar en su casa? El pobre debe de estar ahora muy triste y afligido, sin tener nada que comer ni beber. Si nos ve, desahogará sus penas contra nosotros, se nos echará encima con su garrote y nos machacará los huesos. ¿Quién nos salvará en este momento?

—Es necesario, por vida mía —insistió el Califa—, que vayamos a su casa, y no pases pena. En lo que toca a golpes, yo lo contentaré.

—Pero ¿qué es lo que nos obliga a ir allí? —preguntó Cháfar.

—Callate —dijo secamente el Sultán—. ¡Basta de palabrería!

Cháfar no pudo rechistar. Y los tres se cambiaron de traje y partieron. Básım, huyendo de la presencia del gobernador, se metió por un callejón sin salida, tortuoso, donde se encontró un grupo de mujeres que estaban peleándose. Una de ellas gritaba con todas sus fuerzas: «Esto no puede ser: te voy a entregar a un alguacil del Tribunal, que te lleve ante el juez».

Al oír estas palabras, Básım se volvió hacia ella y le dijo con disimulo:

—Yo soy alguacil; encárgame de defender tu causa contra ella.

—Te encargo —le contestó.

Y en seguida el fingido alguacil se dirigió a la otra mujer, diciéndole:

—¡Vamos, tú, mujer! ¡Andando! ¡Vente ante el juez!

La acusada tuvo miedo. Las otras mujeres del callejón se

acercaron a Básım y le rogaron y suplicaron que la dejara, diciéndole que no volvería a hacerlo; pero él, cuanto más le pedían, más insistencia mostraba.

—¡Jamás! —dijo— Juro por la vida de la cabeza de mi señor el juez que no me moveré de aquí mientras no me lleve por delante a esta desvergonzada para que comparezca en el Tribunal. El juez le propinará una paliza, la encerrará en la galera y la desterrará luego a un lugar del interior para que aprenda a conducirse correctamente.

Y siguió charlando con gran fecundia, hasta que llegó un vecino que logró hacer las paces entre ellos.

—Dad para tabaco al alguacil —les dijo.

Y le dieron veinte monedas de plata. Las tomó, se las metió en el bolsillo y se marchó tranquilamente.

—Para hoy, esto me basta —se decía—; mañana, Dios dirá. Desde ahora no haré más oficio que el de alguacil de juzgado, y si mañana ahorcan a todos los guardias, a mí nada me importa.

Se fué a comprar su comida y demás cosas necesarias; volvió a su casa contentísimo y empezó a preparar la cena. De pronto llamaron a la puerta. Se asomó y vio a los tres hombres de siempre: al Califa, Cháfar y Mesrur.

—¿Sois vosotros? —preguntó—. ¡Bienvenidos! ¡Esperad un momento que coja el garrote y baje a ponerlos el cuerpo a remojo, sinvergüenzas!

—¡Oh Defensor! ¡Oh Señor! ¡Ya pareció aquello! —exclamó Cháfar.

—Callate lo que piensas —le dijo el Califa— y déjame a mí que me entienda con él.

Básım bajó con el garrote al hombro. Abrióles, entraron y cerró otra vez la puerta.

—Echate al suelo —dijo al Califa— y escoge: o te daré cien estacazos en la espalda o te romperé el cráneo de un solo golpe.

Cuando Cháfar oyó tales palabras se turbó, temiendo que el Príncipe de los creyentes fuese insultado. Mesrur se enfureció como si le hubiese dado un acceso de fiebre y se puso fuera de sí. Pero Básım les dijo:

—No temáis, que con vosotros dos no va nada; es contra este mal fachado de vuestro amigo, que siempre va presagando desgracias.

—Si crees que tienes razón para pegarme —repuso el Califa—, pégame todo lo que puedas: «esto es un golpe que pasa, y nadie muere del golpe». Ahora, que si me pegas, me enfadaré contra ti.

—¿Y qué me pasará si tú te enfadas o te estas contento? —preguntó Básım.

—Si me enfado —contestó tranquilamente el Sultán—, pediré al Señor que te haga caer mañana en manos del Califa para que te corte el cuello.

Al oír Básım lo de cortar el cuello, tuvo miedo por su vida y se aterrorizó.

—Entre los dos, hombre —dijo mansamente al Califa—, hay la distancia que Dios ha marcado. Siempre que tú hablas de alguna cosa, se cumple en absoluto. Así eres tú; y yo no te hecho nada que merezca este trato. Siéntate y no te enfades, que a nadie deseo yo honrar tanto como a ti.

Y se inclinó y besó la mano del derviche. Y, después que todos recobraron la tranquilidad y se sentaron, Básım les dijo:

—Excúsame, porque hoy he pasado muchas fatigas: he visto la muerte ante mis ojos. Sólo la huida me ha podido salvar de las manos del gobernador y del populacho: ¡Perdóname, y que no te quede ningún resquemor!

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véase las condiciones en este mismo número.

LA VENGANZA DE LOS GATOS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

Todos se volvieron asombrados y vieron a un gato tuerto con pelaje atigrado que avanzaba jadeante y cubierto de polvo.

—Perdón, señor; pero la cosa no es para menos — murmuró el intruso, cayendo de rodillas.

—Levanta y explicate.

—No me levantaré mientras no me prometas vengar el ultraje inferido a nuestra raza.

—Te lo prometo, y juro también no casarme con mi adorada Micilda hasta que no castigue al infame ofensor, sea quien sea.

—Así hablan los reyes valerosos y justicieros... ¡Viva Michino XV!

—¡Viva!

El rey saludó modestamente y contempló a su prometida, por cuyas mejillas resbalaban dos líquidas perlas.

—No llores, paloma, que pronto nos casaremos —la dijo dulcemente, y encarándose con el piel de tigre, añadió:

—¡Habla!

—Con tu permiso —respondió el recién llegado, y carraspeó antes de empezar su relato.

Reinó de nuevo un silencio profundo y volvió a oírse el zumbido del moscón.

CAPÍTULO IV

GATO POR LIEBRE

El gato tuerto habló de esta manera:

—En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, hay una venta, y en ella un maldito ventero más ladrón que Caco y más malo que Cain, llamado el tío Barrabás. La casa es famosa en todo el contorno por un guisado de liebre que dicen que no hay quien lo coma que no se chupe los dedos. Tales elogios oí que me entraron ganas de probarlo. Llegué a la venta, y al acercarme a las tapias del corral un horrible espectáculo se ofreció a mis ojos...

—A tu ojo, querrás decir —interrumpió el rey.

—Es verdad —reconoció el tuerto.

—Y ¿qué fué lo que viste?

—Un macabro montón de huesos mondos y lirondos.

—¿Pero esos huesos eran de...?

—¡Eran de gato, señor; eran de hermanos nuestros, víctimas infelices del abominable y desaprensivo ventero!

Un bufido de indignación se escapó de todos los gaznates.

—En resumen, tengo la absoluta certeza de que el famoso guisado de liebre se condimenta hace muchos años con incautos individuos de nuestra excelsa raza...

—¡Qué infamia!

—El desdichado minino que penetra en ese maldito ventorro acabó fatalmente sus días en la cazuela.

—¡Qué horror!

—Y tú, ¿cómo te salvaste?

—Porque ya sabéis que el gato escaldado del agua fría huye.

—¡Ah!, pero ¿llegaron a escaldarte?

—Faltó un pelo... Escapé de allí como alma que lleva el diablo, y sin detenerme en ninguna estación he venido a daros cuenta de la criminal conducta de ese hombre.

Todas las miradas se clavaron con ansiedad en el noble rostro de Michino XV. Este, haciéndose cargo de

la gravedad de las circunstancias, reflexionó unos segundos y habló así:

—Juro por la memoria de mis antepasados que los nefandos crímenes de ese tío Barrabás, que asesina tan bárbaramente a nuestros semejantes, al par que estafa a los suyos sirviéndoles gato por liebre, no quedarán impunes...

—¡Bravo, bravo!

—Y vuelvo a jurar que no se celebrarán mis bodas hasta que alcancemos cumplida venganza.

—¡Venganza, venganza! —aulló a coro la distinguida concurrencia.

Y como un eco repitió la plebe apiñada en la plazuela de palacio:

—¡¡Venganzal!

CAPÍTULO V

EL PLACER DE LA VENGANZA

Están conformes todos los historiadores (cosa rara) en que jamás se organizó en Gatolandia una expedición guerrera tan imponente.

Todos los gatos útiles de un año en adelante, y muchas gatas de carácter levantisco y reñidor, se alistaron voluntariamente en aquel ejército invencible.

Durante una semana se dedicaron a ejercicios marciales y se afilaron las uñas en los sillones y butacas del reino, porque, al parecer, es donde mejor se afilan.

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 pesetas).



Y una noche, oscura como tinta de calamar, con el bizarro Michino XV a la cabeza, se pusieron las tropas en marcha, entonando el siguiente himno:

«¡Guerra, guerra...! ¡Exterminemos a las ratas y ratones!
¡Guerra, guerra a los venteros, gaticidas y ladrones!
Combatiremos como valiente,
y nuestra causa defenderemos con uñas y dientes.

¡No hay tiempo que perder;
las zarpas afilad;
marchad, marchad
a perecer
o triunfar!»

Enardecido por este belicoso cántico caminaba el formidable ejército, y como de noche todos los gatos son pardos, aquella aguerrida multitud semejaba en la oscuridad una enorme ola pardusca que avanzaba terrible y rugidora.

Cuando llegaron a las inmediaciones del lugar manchego en que se hallaba enclavado el famoso albergue, se detuvieron para ultimar el plan de ataque.

Y como las deliberaciones del Estado Mayor fueron secretas, nada podemos decir acerca de lo acordado.

Lo cierto es que a partir de aquella fecha los arrieros y trajinantes que en la venta pasaban la noche, apenas se tendían sobre los fementidos camastros, oían unos maullidos espantosos, como lamentos de alma en pena, capaces de erizar los cabellos a un calvo, y con semejante *jazz-band* no había quien pudiera conciliar el sueño.

Volviase loco el ventero buscando a aquellos maulladores misteriosos; pero por más que registraba todos los rincones, no encontraba un minino ni para un remedio. Y con todo el dolor de su corazón se veía obligado a aderezar su célebre guiso [con liebres auténticas!

Pero a pesar de ello, en cuanto algún huésped se sentaba a la mesa y se disponía a probar el guisote, resonaba por todas partes un gemebundo coro de maullidos planideros:

—¡Maaaauu! ¡Maaaauu!

A todo el mundo le entraba aprensión y nadie se atrevía a probar bocado.

De modo que en aquel establecimiento no se podía dormir ni se podía comer. Con tales alicientes, ¿quién iba a parar allí?

Pronto se corrió la voz de que la *Venta de los gatos* (como la llamaron desde entonces) estaba embrujada

y habitada por los espíritus de los desventurados morrongos que había sacrificado el bribón de su dueño.

El tío Barrabás, viendo que por sus puertas no entraba ni un triste huésped y, en cambio, se entraba más que a paso la ruina, se mesaba las barbas y maldecía, presa de la mayor desesperación.

Hasta que, al fin, una noche se quedó solo, completamente solo, pues los criados le abandonaron también. Desvelado y rabioso se revolvía en su lecho:

—¡Es indudable!... Sobre mí pesa alguna maldición gatuna... ¡La merezco!... ¡Juro no volver a matar un gato en mi vida!... A cuantos pille en lo sucesivo les haré fiestas y les daré sopitas de leche...

—¡Miau! —respondió una voz burlona debajo de la cama.

Aquella voz era la de Michino XV. Y como si su exclamación hubiera sido la señal de ataque, el ejército en masa cayó, súbitamente, sobre el descuidado ventero.

Arañazos por aquí, mordiscos por allá, sin hacer caso de sus gritos y manotazos, le pusieron el cuerpo lo mismo que una criba, hasta que el dolor le hizo perder el conocimiento.

—¡Basta! —ordenó entonces el rey—. ¡Ya hemos vengado a nuestros hermanos y hemos lavado con sangre la ofensa inferida a nuestra raza gloriosa e inmortal!...

EPÍLOGO

El entusiasta recibimiento que en Michingrado se dispuso a las tropas victoriosas superó a toda ponderación. Con una brillantez y una magnificencia jamás igualadas se celebraron las bodas de Michino XV (a quien la

Historia adjudica el sobrenombre de *el vengador*) con la bella Micilda.

Los jóvenes esposos vivieron muchos años, por lo cual dejaron de ser jóvenes, fueron muy felices, y si no comieron perdices fué porque dichas avejillas suelen estar *por las nubes*!...

Lectores, nunca insensibles
deis a un *micho* malos tratos,
porque es de las más terribles
«la venganza de los gatos».

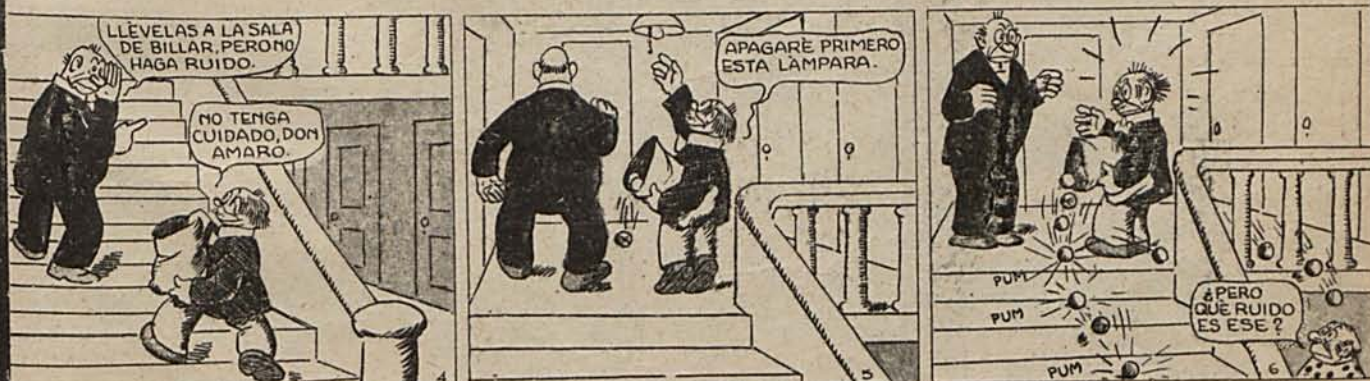
EMILIO FERRÁZ REVENGA.

Sólo mis suscritores pueden tomar parte en mis Concursos, colaborar en mi Revista y tomar parte en mi sorteo de regalos.

PINOCHO

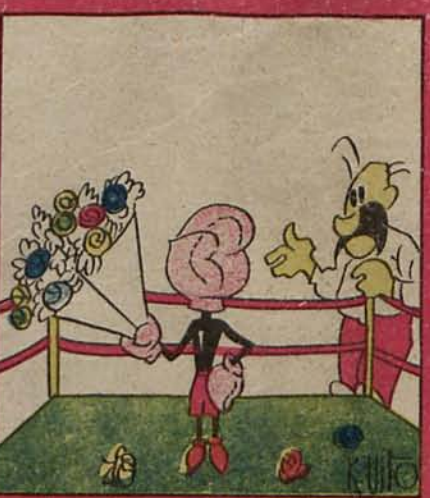
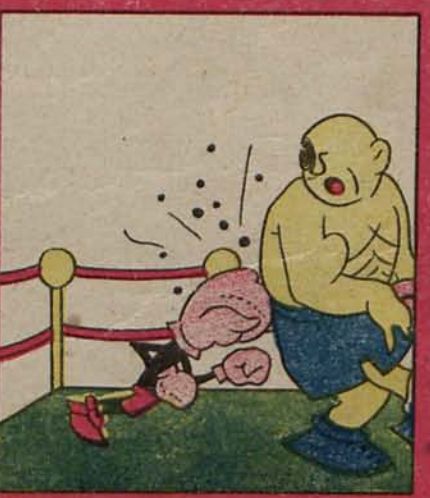
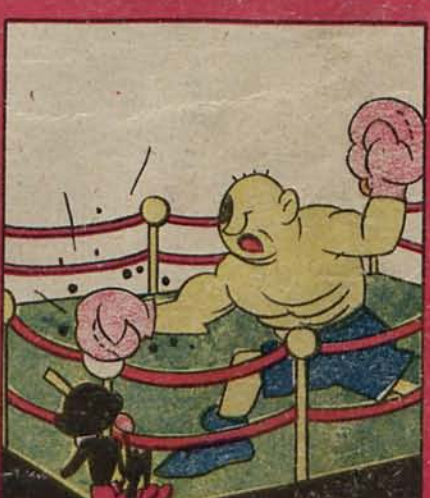
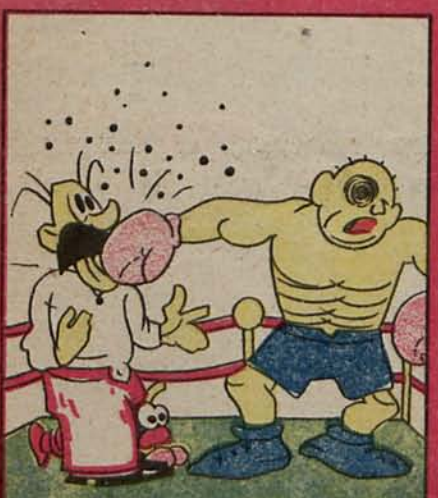


DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



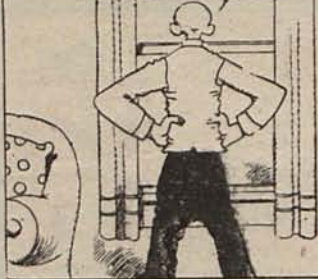


DEL AGIO CARAMILLO Y FAMILIA

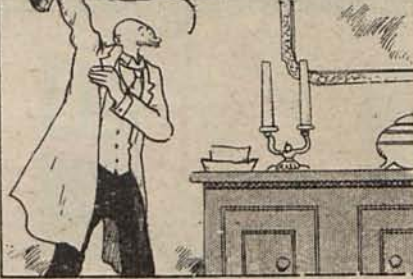
¡LAS CINCO, Y ESE
CHICO SIN VENIR!



¡COMO DENTRO DE
CINCO MINUTOS NO ES-
TÈ EN CASA SE VA A
ACORDAR DE MI!



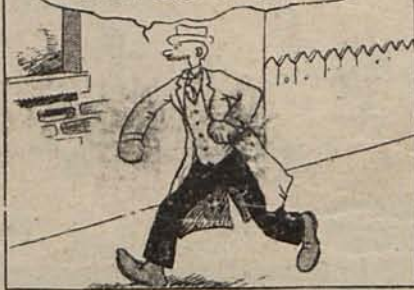
¡YA LE ENSEÑARÈ YO
A QUE ME TENGA MÀS
RESPECTO! ¡NO FALTA-
BA MÀS!



¡HACERME SALIR DE CASA
A BUSCARLO! ¡YA LE DIRÈ
YO CUANDO LO ENCUENTRE!



COMO SE HAYA METIDO
EN EL CINE SE VÀ A ACOR-
DAR DE LAS PELÍCULAS
TODA SU VIDA.



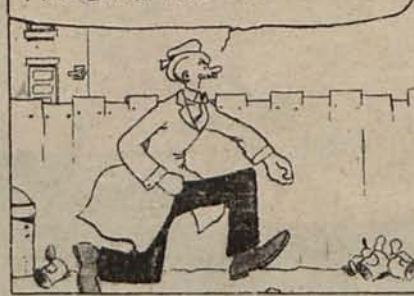
O COMO ESTÈ JUGANDO
AL BILLAR LE VOY A ME-
TER LAS BOLAS EN LA
CABEZA



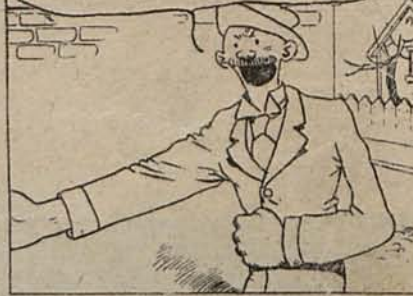
¡TAMPOCO ESTÀ
EN EL BILLAR! ¡SE
ME HABRA IDO
CON ESA PAN-
DILLA DE VA-
GOS QUE ÈL
CONOCE.



¡PUES COMO ESTÈ CON ELLOS
NO VÀ A QUEDAR DE LA
PANDILLA NI LOS RABOS!



¡TAMPOCO ESTÀ CON LA PAN-
DILLA! ¿DÓNDE DIABLOS
SE HABRA METIDO?



¡BUENO, CON EL HUMOR QUE
TENGO CASI ES MEJOR QUE
NO APAREZCA, PORQUE CO-
MO LE ECHE LA VISTA EN-
CIMA!



¡ADIÓS
PAPÀ!

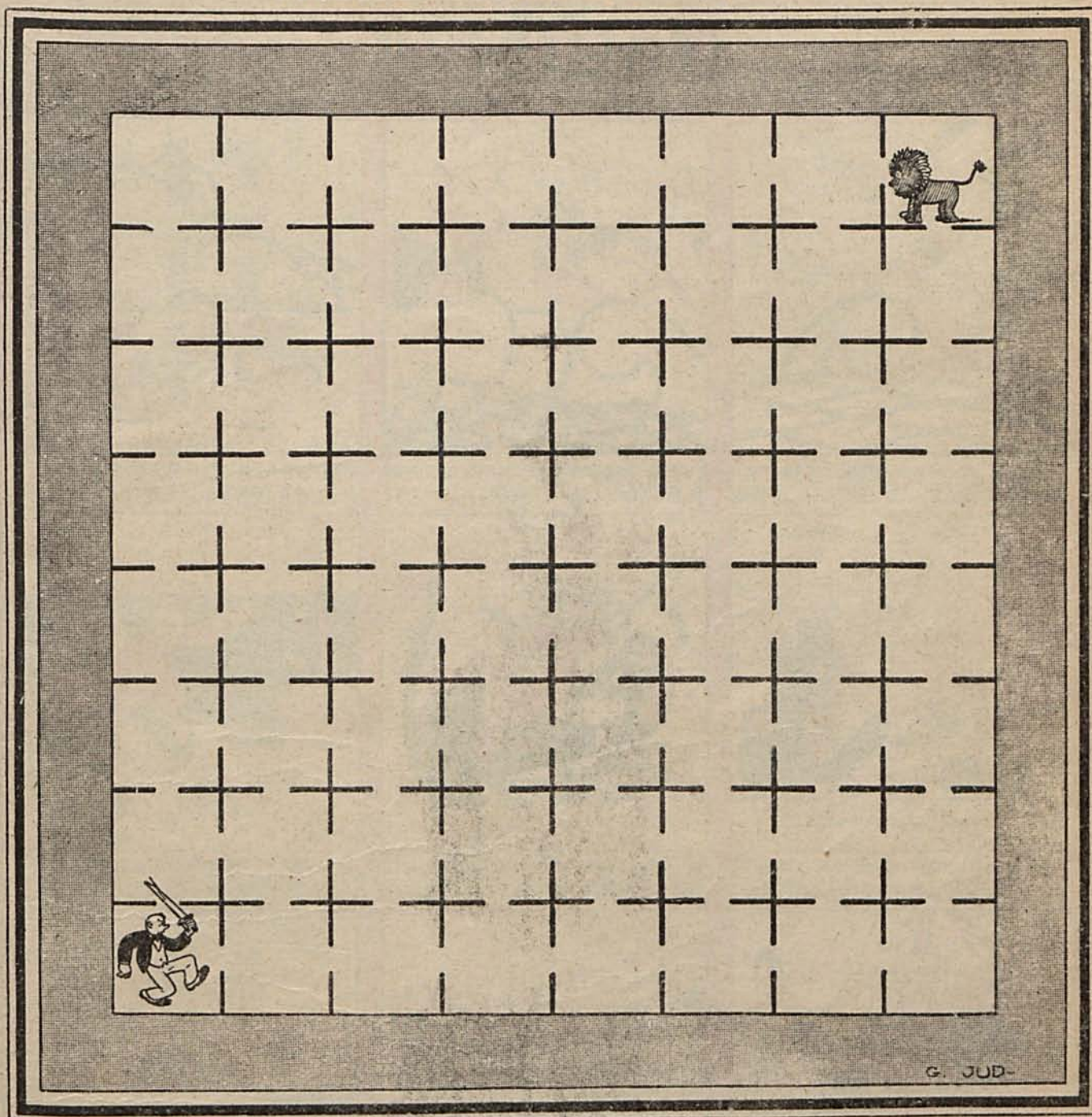


¡CLARO! ¡SI HOY TIENEN DES-
FILE LOS EXPLORADORES!...
NO ME ACORDABA... ¡QUÈ GUA-
PO IBA! ¡Y EL PRIMERO DE TO-
DOS! ES MÀS LISTO... HA
SALIDO EN TODO A SU PADRE



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

PROBLEMA DEL HOMBRE Y EL LEÓN



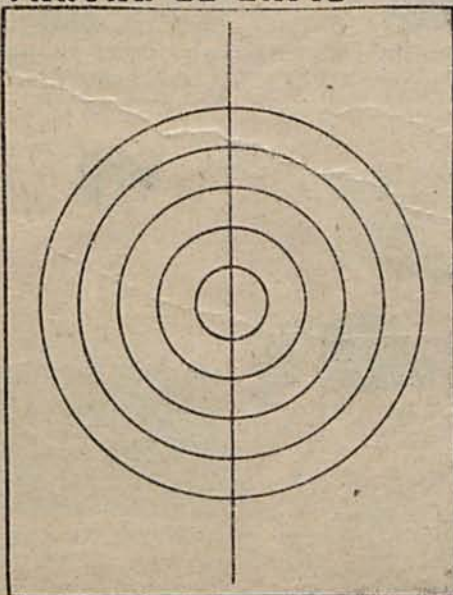
G. JUD-

He aquí un bonito problema que os va a distraer extraordinariamente. Como veis, este cuadrado está dividido en 49 casillas o celdas. En la última de la primera fila horizontal se halla un terrible león dispuesto a devorar a este pobre hombre, que empuña un formidable sable, y que como veis está en la primera celda de la última fila. Se trata de que el león ocupe la celda del hombre y el hombre la del león, pasando antes cada uno por todas las celdas del cuadro una sola vez, incluso por la del punto de partida, y sin que nunca se encuentren los dos en la misma celda en el mismo momento, pues el león se comería al hombre a pesar de su enorme espadón.

SIN LEVANTAR EL LAPIZ

La solución de este problema consiste en hacer un dibujo exactamente igual al que aquí os damos sin levantar el lápiz del papel y sin pasar dicho lápiz dos veces por la misma línea. Quiere decirse con esto que el trazo ha de ser seguido.

Para mandar la solución y que veamos con claridad cómo lo habéis hecho, indicad la dirección del trazado con flechas.



LA VIDRIERA



Este señor del hongo y la pipa mandó que pusieran cristales a una ventana que había en su despacho, y cuando el trabajo estuvo terminado se quedó contemplando la obra en unión del obrero que la había hecho.

Estando en esta contemplación, se le ocurrió proponer al obrero el siguiente problema: ¿Esta ventana que consta de 16 cristales cuadrados, cuántos rectángulos y cuántos cuadrados contiene, teniendo en cuenta que dicha ventana es cuadrada?

El cupón de envío correspondiente a los Problemas y Pasatiempos de este mes va inserto en la página de «Colaboración Pinochista».



TRISTÁN EL PILOTO



DE REPENTE, UNA OLA POR ARRIBA Y OTRA POR ABAJO DEJARON A LA GUITARRA SIN CUERDAS



LUEGO, EMPEZARON LAS OLAS A JUGAR CON EL BARCO Y LO HICIERON PEDAZOS



PERDIDA LA NAVE, QUE ERA SU SOSTEN, REUNIERONSE LOS NAUFRAGOS EN CONSEJO



Y YA IBAN A TOMAR UN ACUERDO CUANDO SE LES APARECIÓ UN HORRIBLE MONSTRUO



AL QUE CON ENGAÑOS HICIERON QUE LOS LLEVASE A UNA ISLA DESIERTA



DONDE SE ENCONTRARON CON UNA POBRE BARCA ABANDONADA



QUE LES VINO COMO HECHA AL MEDIDA PARA CONTINUAR SU VIAJE



POCQ LLEVABAN NAVEGANDO CUANDO EMPEZARON A VENIR GRUPOS DE FOCAS



A LOS POCOS INSTANTES ERA AQUELLO UN VERDADERO FOCO DE FOCAS



EN VISTA DE QUE NO PODÍAN DAR UN PASO DECIDIERON SALIR A DAR UN PASEITO,



HASTA QUE A TRISTÁN SE LE OCURRIÓ HACER UN GLOBO CON LA VELA DEL BARCO



Y GRACIAS A ESTE INGENUOSO INVENTO ESCAPARON DE AQUELLOS LUGARES

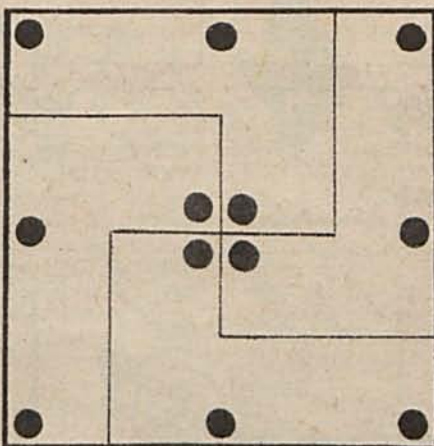
SOLUCIONES DE LOS CONCURSOS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

— CORRESPONDIENTES A LOS NUMEROS 55, 56, 57 Y 58 —

Palabras cruzadas.

Los doce puntos.

Palabras cruzadas.

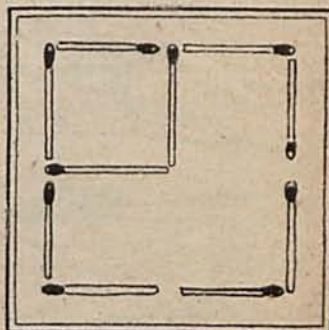
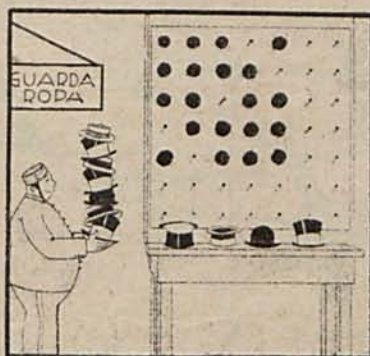
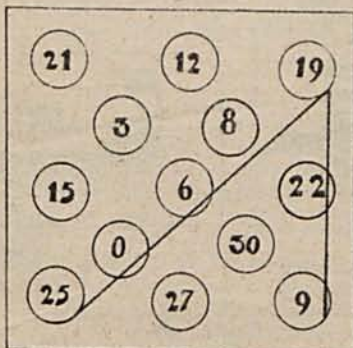
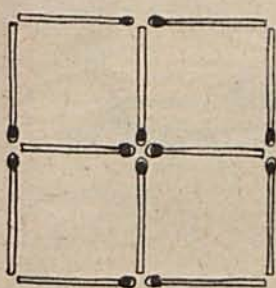


Problema geométrico.

Suman cincuenta.

Los sombreros.

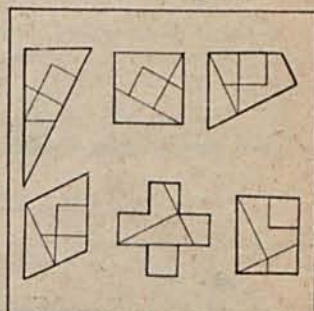
Rompecabezas.



La casa en venta.

Los cacahuetes.

Rompecabezas.



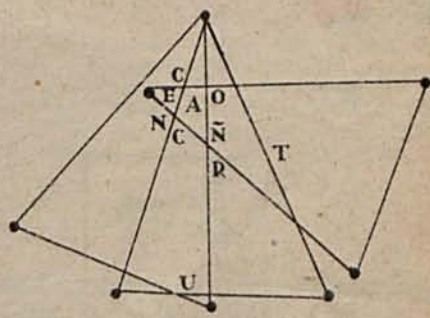
Si llamamos X a la cantidad pedida por el vendedor, vemos que el contratista quería pagar por la casa X — 1.500 pesetas. Al rebajar el vendedor un 25 por 100, saca la cuarta parte del precio convenido; resultó que la diferencia era igual a 1.250 pesetas. Si establecemos la ecuación correspondiente, encontramos que es igual a 1.000. De modo que el buscador de gangas quería la casa y además un billetito de 500 pesetas.

La abuelita doña Pepita tenía 1.021 cacahuetes, y les correspondieron en el reparto a Paquito 256; a Maria, 192; a Antónito, 141, y 108 a la pequeña Mercedes, quedándose la abuelita con 321.

Quien pone el cascabel al gato.



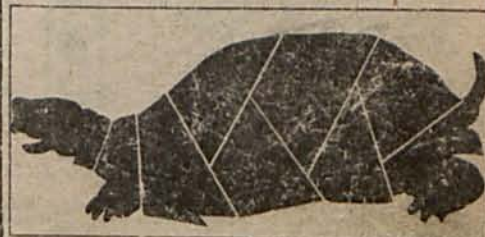
Los triángulos.



Los nombres de los tres pueblos encerrados en los triángulos son:

CORUÑA, CUENCA y OÑATE

Rompecabezas.

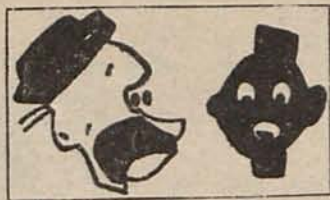


COLABORACION PINOCHISTA

DIBUJOS



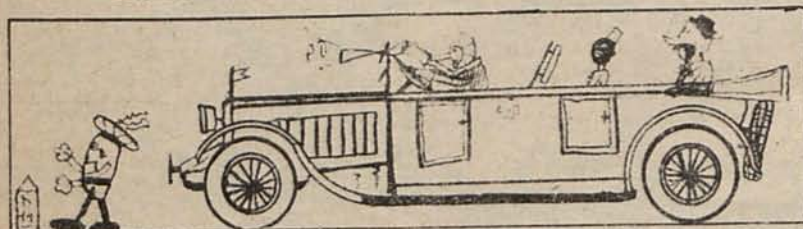
Venecia.
ALFREDO DÍEZ.
Doce años. Alfaro.



Mis amigos.
VÍCTOR ZARCÓN.



Una manifestación.
LUIS GARCÍA DE MARCO.
Madrid.



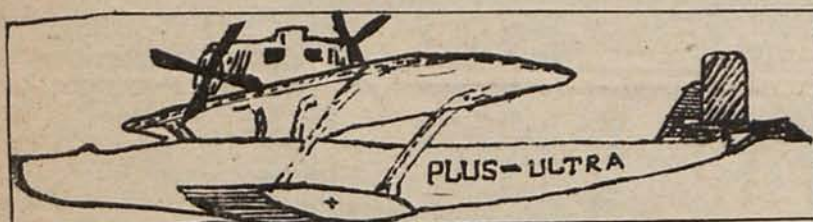
Pinocho atropella a Chapete.

ANTONIO ORIA.



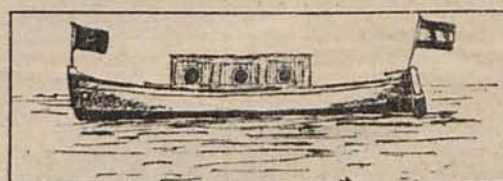
Pinocho y sus amigos.

FEDERICO GARCÍA.
Diez años.



Plus Ultra.

JOSÉ LÓPEZ.—Nueve años.

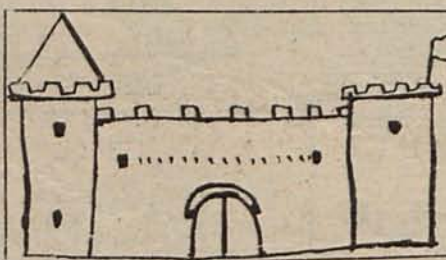


La canoa de mi padre.

FEDERICO CARMONA.
Once años. Ceuts.



Marina.
JOSÉ CERÓN.—Trece años.

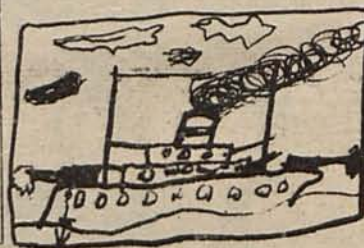


Castillo de Pinocho.

JESÚS MEDRANO.
Siete años.



Pinocho, pen-
sativo.
ENRIQUE PRIE-
TO.—Vigo.



Un cañonero.
GUIDO PETRICIONE.
Barcelona.



Paseo marítimo.
GABRIEL MONGE.
Madrid.

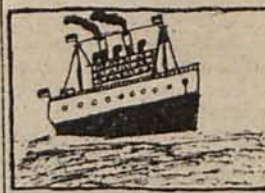


Un vuelo.
C. O.



En la pradera.

M. N. M.
Nueve años. Madrid.



Un vapor.
TOMÁS MORALES.
Madrid.



Delia.
FRANCISCO LEAL.
Quince años.



Pinocho, guerrero.
LOLÍN BALDOSANO.
Nueve años.



Mi amiguita y su papá.
PEPITA UTRILLA.
Ocho años.



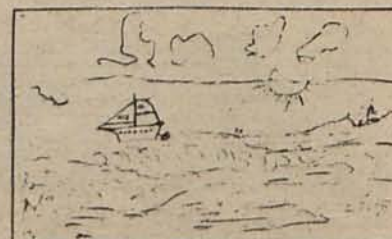
Rincón castellano.
MARÍA MÉNDEZ.
Pontevedra.



Pinocho.
T. M.
Madrid.



Un faraón.
JOSÉ MORA.
Barcelona.



Un velero en alta mar.
ENRIQUE MARTÍN.—Nueve años. Madrid.

CUPON DE SOLUCIONES DEL MES DE JULIO

ENVIO DEL PINOCHISTA

D.

calle de

núm. Pueblo

Provincia

IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, cómo viven los monos.

—Creo que en otra ocasión, hace ya mucho tiempo, te hablé del mono, el cual, como tú sabes, es el animal más parecido al hombre.

—No recuerdo.

—Sí, Chonón, te hablé extensamente; aunque más que del mono te hablé de las monadas. Es decir, te relaté algunos episodios, algunas anécdotas interesantes. Es el mono el animal que más «cosas» cuenta en su vida, el animal más cómico, el más chistoso, el más ingenioso también. Sólo le falta hablar, leer y escribir. Aparte de los tres conocimientos, el mono puede guiar un «auto», consigue saludar reverenciosamente con el sombrero, puede labrar la tierra sabiamente, como un campesino. Creo que de estas cosas te hablé, como te he dicho, en otro tiempo.

—Sólo recuerdo los celos de un chimpancé. ¿Me los relataste tú?

—Yo, Chonón; yo.

—¿Por qué se dice, querido buho, que «el último mono es el que se ahoga»?

—Eso tiene su origen en un hecho real, indudable, que realizan los monos.

—Y es...

—El siguiente: Tú sabes que los monos son unos animalitos que sienten al agua semejante temor al que experimentan los gatos. ¿No es así?

—Justamente.

—Pues los monos, animales que temen a mojarse, como los gatos, se encuentran a veces en la necesidad de atravesar un río.

—Y ello será un conflicto.

—Un conflicto, desde luego, relativo, pues los monos consiguen atravesar los ríos, aun los más caudalosos, sin mojarse ni el rabo, ni las puntas de los pelos, Chonón.

—¿Y cómo realizan ese prodigio?

—Verás. Cuando una porción de monos —treinta, cuarenta, cincuenta monos— se ven en la precisión de atravesar un río, buscan el lugar donde las márgenes se hallen más próximas. Buscan, no sólo la parte más estrecha del río, sino también aquella cuyas márgenes se hallen pobladas de árboles corpulentos. Los monos, subidos a estos árboles, se enlazan convenientemente por el rabo, formando una cadena. Luego imprimen a ésta un movimiento especial, un balanceo continuo, cada vez más fuerte, hasta alcanzar, con el extremo de la cadena, la copa del árbol más inmediato de la otra orilla.

—Es ingenioso, buho.

—Así queda un puente, constituido por una cadena de monos, por el cual pasan todos los demás, los más endebles, los viejos, las hembras y los monitos. Terminado el paso suéltase el extremo de la cadena, la cual, en un movimiento circular, cae en la otra orilla. Ocurre entonces que el último mono no cae precisamente en la orilla, sino en el agua. El miedo le hace soltarse inmediatamente del rabo del penúltimo, y el animal, asustado y ganado por la corriente, muere.

—El último mono es el que se ahoga. Ahora lo comprendo. ¿Y hay muchas clases de monos?

—Muchísimas. Tantas, y a la vez tan distintas, que los hombres de ciencia han pretendido separar a cierta clase de monos para no considerarlos como tales.

—Y son muy ágiles estos animales, ¿verdad?

—Agilísimos; sobre todo para trepar y saltar. En cambio, son escasamente móviles para la marcha y la carrera. Al andar apoyan en el suelo no sólo los pies, sino también las manos, y aunque algunos pueden sostenerse y andar perfectamente con los pies solos, no es así, habitualmente, como andan y se sostienen.

—¿Y dónde viven?

—Como es de suponer, los monos viven en países cálidos. Dos de los tres grupos en que suelen dividirse estos mamíferos tienen su área de difusión en las regiones tropicales de América; el otro grupo se encuentra en el África y en el sur de Asia. Dada la facilidad que tienen los monos para trepar, son, esencialmente, arborícolas,

y algunos de ellos, que habitan en regiones boscosas, saltan de un árbol a otro sin bajar nunca al suelo. Los que tienen la cola larga y prensil se auxilian de ella para deslizarse por entre las ramas. La cola de estos últimos es bastante fuerte para sostener el peso del animal. Casi todos los monos son animales astutos, movédizos, malignos y fácilmente imitables. Tienen, frecuentemente, buen olfato y un tacto bastante sensible. Suelen reunirse en manadas muy numerosas, dirigidas por un macho viejo.

—¿Qué comen los monos?

—Su alimentación se compone, generalmente, de sustancias vegetales, en especial frutos y semillas. A veces comen insectos y huevos de aves. En cautividad viven perfectamente.

—Yo los he visto.

—Y llegan a comer muchas cosas de las que comen los hombres.

—Los monos son de países cálidos, ¿no me has dicho?

—Sí.

—¿Y cómo pueden vivir en países fríos?

—Por el gran cuidado que tienen con ellos sus amos. Antes morían casi todos los monos, al llegar a un lugar de baja temperatura, de tuberculosis pulmonar.

—¡Pobrecillos!

—Pero hoy día no ocurre así.

—Se adelanta muchísimo. ¿Y cómo no utilizan los monos, ya que son tan inteligentes, para hacer ciertas faenas?

—Sería peligrosísimo. Los monos imitan perfectamente todos los trabajos manuales que hace el hombre; pero como el mono carece de inteligencia, es seguro, ya está demostrado, que haría disparates.

—¿Está demostrado?

—Demostradísimo.

—¿Cómo?

—En cierta ocasión un labrador, que tenía un mono muy simpático, se fué al campo, como de costumbre, a trabajar, y cortó delante del mono un árbol ya viejo e improductivo. El mono presenció la faena, como digo, y cuando el labrador se alejó hacia su casa, el animalito, aprovechando las mismas armas de su amo, se entreteuvo en cortar dos o tres árboles más, de los más hermosos y corpulentos.

—¡Qué bruto!

—Imaginate el disgusto del labrador, mi querido amigo.

—Ya me lo supongo.

—Por eso te digo que no puede ser empleado el mono, como pretendías, en las faenas del campo. Hay en ello un riesgo, un peligro grandísimo, como ves.

—Sin embargo, no me negarás que los monos son inteligentes.

—Lo son, claro está, pero con muchísimas limitaciones.

—Un mono puede guiar un «auto».

—Claro que sí.

—Un mono saluda, nos da la mano, se quita el sombrero.

—Justamente.

—Un mono corta un árbol, inteligentemente, de la misma forma que lo hace una persona.

—También es verdad.

—Pues si es verdad todo eso, ¿cómo es posible que los monos carezcan de inteligencia? No puedo creerlo.

—Repórtate, Chonón. El mono guía un «auto», saluda, corta un árbol como el hombre, pero todo ello lo hace sin poner en ello la menor inteligencia. Lo hace como el loro habla. El loro imita sonidos, palabras cuyo significado le es completamente desconocido; el mono, a su manera, imita movimientos y gestos, cuyo significado desconoce el mono también. ¡Eso es lo que yo quiero!

—Pero guiar un «auto», querido buho, es una operación que requiere tanta inteligencia como hablar, sabiendo lo que se habla.

—En eso llevas razón. Pero es el caso que yo no estoy seguro de que el mono pueda conducir un coche. Me lo han dicho, pero no lo creo.

—Ahora te echas atrás. Vamos, vamos...

—No lo creo, no puedo creerlo, Chonón.

—Ni yo tampoco.

CORRESPONDENCIA

Maria Teresa Pardo.—Queridísima Maria Teresa: Una excelente pinochista, Mercedes Rey de la Habana, me escribió el otro día, incluyéndome en su carta otra para ti. Ignoro tu dirección, Maria Teresa. Y como supongo que ha de interesarte muchísimo las palabras de aquella niña lejana, que así se preocupa de sus compañeras, espero que me remitirás tu dirección, a la mayor brevedad posible, para que yo te mande inmediatamente, sin pérdida de tiempo —¡oh, los ruegos de Mercedes!— para mi mandatos!—, estas simpatísimas líneas cubanas que han de proporcionarte, yo te lo aseguro, una satisfacción inmensa. Quedo esperando.

Carlitos Pittaluga y González del Campillo.—Tu dibujo gustó extraordinariamente, obteniendo en la redacción, en manos de Pinocho, un éxito definitivo rotundo. Un buen salto saldrá, sin duda, en mi revista, y será la admiración de todos y los pinochistas españoles y americanos. Ya lo verás, Carlos. Quizás le reserve la suerte, a este caballito, mejor paradero que a Berta. Y no hay que dudarlo: eres uno de los más grandes, de los más extraordinarios dibujantes pinochistas. Tu fama se extenderá con el tiempo, de un polo a otro polo. Así lo afirman, conmigo, Pirula, Anita, Morronguá, Potipán, Cañamón, Currinche, Don Turulato... ¡Incluso Chapete!

Teresita Nieto.—Me alegra muchísimo tu carta, no sólo porque me anima —y cómo me anima, Teresita!— a seguir en mis trece, es decir, con mi revista, sino también, y principalmente, porque aquella tu carta viene a demostrarme el interés que tomas por mis cosas. Bien. Seguiré tu consejo. ¿Y cómo no seguirlo —me digo— si es un consejo sabio, prudente y razonable? Gracias, Teresita.

Antonio Gómez Santelices, Pedro Llanos, Anita Torres, Salva-

dor García, Augusto Laza Donoso, Mariquita Otero.—Por ahora —ya lo he dicho muchas veces— no admito colaboración. Paciencia, mis queridos amigos. ¡Paciencia! Todo es en beneficio de vosotros para aligerarme de tanto, de tantísimo trabajo como tengo acumulado en mis arcas. Los que sean suscritores, apenas se reanude el cupón, podrán colaborar en mi revista. Y entonces podrán ver sus trabajos en PINOCHO inmediatamente. ¡Eso es lo que yo quiero!

Roberto Otero.—Hay muchas razones (lee la carta anterior) para rechazar tu dibujo. Pero, además, por si ello fuera poco, viene en color...

—¿Cuánto lo siento! Un abrazo de Pirula, otro de Anita, y otros muchos más, apretadísimos, de mis demás compañeros.

Julito Rocha.—Recuerdo la historieta de que me hablas y estoy seguro de que, dado el tiempo transcurrido, ya estará próxima a salir. Felicitaciones y recuerdos de Currinche, Morronguá, Potipán, Cañamón, etc., etc.

Oscar Manuel y Alberto Requena.—¿Cuánto me alegraría visitar Bolivia, La Paz, Cochabamba! ¡Cuánto me alegraría! Pero no tengo tiempo. Mis aventuras, mi revista, mis luchas continuas con Chapete me tienen ocupado, ocupadísimo, día y noche, hora tras hora, minuto tras minuto. Sin embargo, no pierdo las esperanzas. ¡Quién sabe! El día menos pensado me tenéis ahí, de golpe y porrazo, en un «Plus Ultra» formidable.

En cuanto a vuestros dibujos, que son magníficos, no los puedo publicar por las razones que doy más arriba a un grupo de pinochistas. Vosotros, dos americanos comprensivos, inteligentes, insuperables, comprenderéis mis razones. ¿No es así?

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Mayo.	Junio.	Julio.
Primero. 25 ptas. en dinero.	D. Francisco Murillo.—Barcelona.	Srta. Concha de Grandes.—Si- guenza.	D. J. Luis Pacheco.—Briviesca.
Segundo. 15 ptas. en libros.	Srta. Mercedes Rey.—Habana (Cuba).	D. Jaime y Pilar Milans del Bosch. Málaga.	» Francisco Ibáñez y Pico.—Ma- drid.
Tercero. 10 ptas en libros..	» Rosa Oñate Prendergast.— Sarria.	» Alfonso Ponte.—Madrid.	Srta. Pilar Aleu.—Madrid.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	D. Recaredo y María Garay.—Ma- drid.	Srta. Irene de Quesada.—Valencia.	D. Gerardo Larrea.—Llodio.
Quinto. 3 ptas. en libros...	» Francisco Gil de Sola.—Barce- lona.	D. Mariano Guitián.—Madrid.	» José Igualada.—Málaga.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Carmencita Urrutia.
Madrid.—Premio 13 del primer gran
sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Santiago y Ramón del Olmo.
Palencia.—Premio 23 del primer gran sorteo de re-
galos para los suscritores.
Un lote de libros.



Rosa Oñate Prendergast.
Sarria.—Favorecida con el tercer
premio correspondiente al mes de
mayo.



Alfonso Ponte.
Madrid.—Favorecido con el tercer
premio correspondiente al mes de
junio.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- 1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sola- mente entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
 - 2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen ce- lebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
 - 3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del úl- timo recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el es- pacio que tengamos disponible.
 - 4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES POR año, por semestre o por trimestre.
 - 5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **rega- los especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momen- to de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pes. as. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D.

calle de núm. Pueblo

Provincia, se suscribe a

PINOCHO por (1) $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$ cuyo importe de $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas (ó 12 pesetas)} \\ \text{cinco pesetas (ó 6 pesetas)} \end{array} \right\}$ remite a la Adminis-

tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 (3), en (4) También remite 1,50 pese-
tas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscritor. En total remite pesetas.

(Fecha y firma.)

- (1) Bórrase lo que no convenga.
- (2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.
- (3) Para tener derecho a los regalos de suscritor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.
- (4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellor, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.
- (5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos suscripciones a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos cada número **semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año.....	23 pesetas.
Semestre.....	12 —
Trimestre.....	6 —

IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestor por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas in- dicaciones:

- 1.º Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.
- 2.º Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el nú- mero de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.
- 3.º Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 cén- timos en sellos.

TEN CUIDADO EN EL BAÑO, NO TE AHOGUES. NO LLENES MUCHO LA PILA.

YA IRÉ CON CUIDADITO

CUARTO DE BAÑO

Viriato Ortiz Fresco y Barbudo

...Y NO NOS CANSAREMOS DE ADVERTIR A NUESTROS QUERIDOS TELEOYENTES QUE TODA PRECAUCIÓN ES Poca CONTRA EL PELIGRO DE LOS AUTOS...

¿HAS OIDO VIRIATO? ES ATERRADOR EL NÚMERO DE ACCIDENTES DE AUTO-MOVIL!

DEJATE AHORA DE COSAS TRISTES; CÓGE LA MERIENDA Y VAMOS AL CAMPO.

¡TEN CUIDADO, VIRIATO, TEN CUIDADO!

TENDRÁS CUIDADITO ¿VERDAD?

A VER SI ME DEJAS EN PAZ ¿NO VEIS QUE VAMOS A MEDIO KILOMETRO POR HORA?

ESTACION DE MEDIATADE ABAJO

ESPERAD UN MOMENTO QUE VOY A HACER UNA PREGUNTA AL JEFE DE ESTA ESTACION

¿QUIERE DECIRME SI TARDARA MUCHO EN PASAR EL PRIMER TREN?

BILLY EL EXPRESO PASARA DENTRO DE CUATRO HORAS.

¿ESTÁ USTED SEGURO DE QUE NO PASARA OTRO ANTES?

HOMBRE YO CREO QUE NO, PERO POR SI ACASO, VAMOS A VER

AQUÍ HAY UN MERCANCIA QUE DEBE PASAR DENTRO DE ONCE HORAS

BILLETES

PUES A LO MEJOR ESE VIENE ANTES QUE EL EXPRESO.

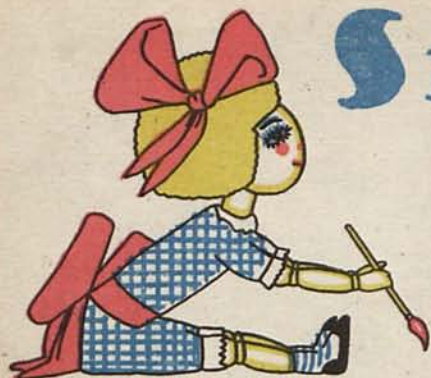
BILLETES

DE TODOS MODOS NO PASARÁ NINGUN TREN EN TODA LA TARDE ¿VERDAD?

YO CREO QUE ANTES DE DIECISIETE HORAS NO PASARÁ NINGUNO PORQUE DEBEN DE ESTAR MUY CANSADOS

¡ENTONCES ME VOY TRANQUILO! ¡MUCHAS GRACIAS, SEÑOR JEFE!

TENEMOS QUE CRUZAR LA VIA EN SEGUIDA PORQUE SOLO FALTAN UNAS VEINTE HORAS PARA QUE PASE EL PRIMER TREN.



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

Historia de una sombrilla y de un elefante. — No; si

yo no digo que Tildita sea mala; pero no me negaréis que es bastante traviesa, que sus travesuras no siempre tienen gracia, que le gusta demasiado «hacer rabiar», y que más de una vez la que acaba rabiando es ella.

Así le estuvo muy bien empleado lo que le sucedió con este elefante que hoy os presento, para que lo recortéis en papel negro y lo peguéis sobre una pantalla de cartón rojo, verde o amarillo.

Es decir, con éste precisamente no le sucedió nada; pero sí con uno muy parecido —aunque algo más grandote, ¿eh?— que hay en la Casa de Fieras de Madrid.

Aquel día, con ocasión de hallarse unos primitos de Tildita, que viven en provincias, pasando unos días en su casa, tuvo mamá la buena idea de mandar a toda la pandilla a la Casa de Fieras, bajo la custodia de mademoiselle.

A última hora, Tildita se empeñó en llevar cierta sombrilla de seda blanca que su papá le trajera poco antes de París, y de la cual se mostraba muy orgullosa porque le parecía que le daba aire de «señorita»; y a pesar de las protestas generales —«¡Pero si no hace sol! —¡Nos vas a molestar a todos! —Vas a sacarle un ojo a alguno!»— se salió con la suya.

(Es decir, que se salió con su santísima voluntad y salió de casa con su sombrilla.)

Con gran alboroto y alegría llegaron a la Casa de Fieras; admiraron el porte majestuoso del león, que bien merecido tiene su apodo de «Rey del desierto»; se estremecieron ante la mirada aguda del tigre, reveladora de sus instintos de crueldad; echaron avellanas a los monos por el gusto de ver sus muecas y sus contorsiones; contemplaron...

Bueno, otro día proseguiremos este paseo con más detenimiento; por hoy prefiero ir en seguida al grano, es decir, al elefante.

¡Qué simpático es este paquidermo! Los niños estaban encantados ante la gravedad con que cogía puñados de paja para engullirlos, cuando de pronto se le

ocurrió a Tildita la idea de «hacerle rabiar». Empezó por echarle un poco de arena; luego le echó con más fuerza chinitas más gordas.

Mademoiselle intentó hacerla comprender que el elefante es un excelente animal que quiere mucho a los niños, pero que su paciencia tiene límites y que es rencoroso y vengativo.

Lejos de atender a estos prudentes avisos, Tildita dió en echar más y más chinitas al señor de las grandes orejas y la larga trompa; y de pronto, cuando menos se lo esperaba, va el elefante, saca la trompa y ¡pluffff!, arroja sobre Tildita un magnífico chorro de agua; la alegría de los espectadores no es para descrita; sonaron risas y aplausos.

Pero Tildita no se reía, no; chorreando, pataleando, exasperada por la ducha imprevista, blandió su famosa sombrilla, y con todas sus fuerzas golpeó la trompa del elefante.

Entonces éste, tranquilamente, con el extremo aprehensor de la trompa, le arrancó la sombrilla de las manos y empezó a pavonearse luciendo la sombrilla, presumido y grotesco como... como la propia Tildita, según opinión de su primo Manolín.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaban todos entusiasmados por este espectáculo de circo improvisado.

—Mal bicho! ¡Feo! ¡Devuélveme mi sombrilla! —gritaba Tilde.

Y hecha una verdadera fierecilla agarró una piedrecita, se la echó al elefante y le dió junto al ojo.

Esta vez ya no tuvo el buen paquidermo ganas de bromear; se conoce que se le había agotado la paciencia; tirando la sombrilla al suelo, la pisoteó y la hizo añicos con sus patatas fenomenales, con la misma facilidad con que vosotros, entre vuestros deditos, partís un mondadientes.

Y la desdichada Clotildita volvió a su casa, llorando a lágrima viva, chorreando, avergonzada por las burlas de todos... y sin sombrilla.

Parece ser que la lección ha sido provechosa.

Ya Clotildita no se entretiene tontamente en «hacer rabiar» a nadie.

En cuanto a los elefantes, ¡les tiene un respeto!

Como que será ella, a buen seguro, la única lectora a quien no le agrade mi «pantalla elefantina» de hoy.

